



Carlos Castilla del Pino, de pie, lee ayer su discurso de ingreso en la Real Academia Española. / MANUEL ESCALERA

Castilla del Pino entra en la Academia con un discurso sobre la reflexión y los delirios

El psiquiatra relaciona su teoría del sujeto con los lenguajes del desdoblamiento y la fantasía

M. MORA. Madrid Carlos Castilla del Pino (San Roque, 1922) no se veía leyendo ayer su discurso de ingreso en la RAE ni en su fantasía más delirante. Pero a veces la realidad es “desmesurada”, y allí estaba el neuropsiquiatra, rodeado de amigos,

“de esta guisa, apabullado, aunque lo disimule y me controle; dispuesto a cumplir este rito de iniciación indispensable que es la lectura de mi discurso”. Un texto fascinante, que relaciona la teoría del sujeto con los lenguajes y juegos de representación y desdoblamiento,

y que se titula *Reflexión, reflexionar, reflexivo*. “No la imaginación, sino la fantasía, es la ortopedia del sujeto”, afirmó Castilla, que elogió a su predecesor en el sillón Q, Camilo José Cela, y citó a Cervantes y Teresa de Jesús como sabios de la intimidad y el delirio.

Pinillos: “Un maestro ilustrado que ayudó a oxigenar el país”

EL PAÍS. Madrid El psicólogo José Luis Pinillos, que firmó con José Luis Sampedro y Emilio Lledó la candidatura de Castilla del Pino, fue el académico encargado de responder al discurso del psiquiatra y darle la bienvenida a la Casa de las Palabras. Pinillos definió a su amigo como un verdadero creador, un maestro en el juego de las palabras y un hombre que ha cumplido “con creces” el mandato de Horacio “que Kant hizo suyo para definir la Ilustración: *sapere aude*, atreévete a saber”.

Pinillos recordó que Castilla fue un niño superdotado y, como tal, un lector precoz que a los once años había leído ya casi enteras las memorias de Santiago Ramón y Cajal. El futuro de aquel niño inquieto quedó marcado por esa figura legendaria tanto como por un acontecimiento “sombrio” inmediatamente posterior a su muerte en 1934, la Guerra Civil. “Fue un mundo bien conflictivo el que le tocó vivir a Castilla durante su formación. No tiene nada de extraño que se interesara por la psiquiatría”, dijo Pinillos.

Entre los atributos del nuevo académico, Pinillos citó su “memoria envidiable”, su entrega febril a la labor universitaria, la “finalidad moral” de sus conocimientos y su práctica psiquiátrica para luchar contra “las guerras que se engendran en la mente de los hombres”,

“Los seres humanos disponemos de dos biografías, dispares entre sí, pero dependientes una de otra”, empezó diciendo Castilla. “La primera es la biografía pública, la que se escenifica ante los demás. Es la que consideramos erróneamente como la única vida real. La segunda la constituye nuestra biografía íntima: la fantaseada, la de nuestros deseos aún o quizá por siempre insatisfechos, la de los sueños y ensueños, la de nuestros sentimientos ocultos: una vida secreta (¡y qué bien que lo sea!, como viene a decir Jonathan Franzen)”.

“Secreta, porque es inobservable”, agregó el nuevo académico. “De vez en cuando, sacamos al exterior, aunque convenientemente acicalado, un fragmento de esa vida oculta y lo convertimos en público. Ahora bien, esta vida íntima no es menos real que la otra, aunque es una vida puramente mental. Pero la mente forma parte de la naturaleza, es una de las funciones de nuestro organismo”. Y por eso Antón Chéjov hace decir a un personaje, “en respuesta a otro que alucinaba: ‘Es una alucinación, pero tu alucinación es real porque forma parte de ti como ser humano y, por tanto, de la naturaleza’”.

El psiquiatra hizo aquí un inciso para recordar a Camilo José Cela, que ocupó el sillón que él ostenta ahora. Lo conoció una tarde en el café Gijón: “Un día trabajaba yo en una mesa junto a la que él ocupó al llegar. Algunos de sus contortulios se habían marchado. En un determinado momento, mirando hacia mí al tiempo que yo me enderezaba por unos segundos, me habló de esta manera: ‘¿Puedo preguntarle, joven, si no es indiscreción, qué es lo que hace usted tan afanosamente?’. Le dije lo que hacía [traducir del alemán un libro de Weizsäcker]. A continuación me espetó, sin duda no sólo a mí, sino a una multitud imaginaria: ‘Me parece muy bien que trabaje. Como

usted sabe, y si no lo sabe se lo hago saber yo, éste es un país de holgazanes; aquí no trabaja ni Dios, porque el que trabaja es considerado imbécil. Siga trabajando’. No me habló más. A todo esto debo advertir que Cela tenía seis años más que yo, es decir, veintisiete, pero se dirigió a mí desde una mayoría de edad representada a la perfección...”.

Tras recordar cómo el compulsivo trabajador que fue Cela abrió a los escritores del exilio con su revista *Papeles de Son Armadans* una ventana de expresión durante el franquismo, Castilla entró en materia de psicología y lenguaje: cómo anticipa el sujeto las imágenes, cómo representa interiormente lo que hará, cómo previene lo que piensa el otro, cómo reflexiona sobre sí mismo y sobre los demás, cómo usamos el reflexivo: “No solemos ir a la realidad exterior dándonos topetazos contra ella”, dijo, “sino que de antemano la preve-

mos y la prevenimos. *Prever* y *prevenir* son verbos que dan cuenta de tareas de tal relevancia que, sin ellas, no podríamos literalmente sobrevivir”.

El Diccionario de la RAE define *prever* como “ver con anticipación”. “Esta definición es inexacta”, dijo Castilla. “¿Qué ser humano está dotado de la posibilidad de ver antes de que el objeto sea visible?”. La clave, pues, es la representación: “Cada actuación cara al exterior se presenta como si fuera el sujeto en su totalidad, cuando no es más que una representación *ad hoc* para un contexto determinado. Yo estoy actuando muy en serio en este momento y aparentemente entregado con todo mi ser a lo que hago: no lo duden; pero a nadie se le ocurriría pensar que no tengo mucho más en mi trastienda. Como todo actor, uno parece ser todo él en el escenario, pero no es así. Toda actuación implica un desdoblamiento”.

“Tengan paciencia conmigo”

J. RUIZ MANTILLA

Madrid
Fueron Margarita Salas y José Manuel Sánchez Ron quienes acompañaron al nuevo académico a la sala. Al entrar, Carlos Castilla del Pino recibió el aplauso de los que le arroparon ayer por la tarde en el ingreso en el sillón Q de la Real Academia Española, el mismo que ocupó Camilo José Cela. Le arroparon sus amigos más íntimos, desde el artista Agustín Ibarrola a escrito-

res, periodistas, pensadores, actores, como Eduardo Haro Tecglen, José María Guelbenzu, Miguel Ángel Aguilar, Javier Pradera, Juan Ángel Vela del Campo, José Luis Pellicena, Pepe Martín, que se sentaron en los asientos del público. Arriba le acompañaban los académicos, entre los que destacaban Emilio Lledó, Francisco Ayala, Luis Goytisolo, Luis Mateo Díez, Álvaro Pombo o Juan Luis Ce-

brían, entre otros, que tenían enfrente a invitados y autoridades. Sus nuevos compañeros tomaron nota de la petición que el nuevo académico les hizo agarrando al vuelo las *Moradas* de Santa Teresa, en las que pide paciencia a quien leyer: “Dos advertencias, una para mí: que acierte. Otra para ustedes, señoras y señores académicos, es menester que tengan paciencia conmigo”.

¿Y si se compara ese desdoblamiento figurado con el del alucinado, “que es un desdoblamiento real”, como el de Alonso Quijano al creerse el Quijote? “Cuando se ha perdido la conciencia de sí mismo y el sujeto es incapaz de jugar a ser a como si fuera el salvador del mundo o el perseguido por los poderosos de la tierra, pongamos por caso, decimos que el sujeto delira”.

Y “delirar no es sólo una interpretación errónea de la realidad exterior: antes que todo eso es una metamorfosis de la conciencia de sí mismo. El delirio es una transformación de la identidad del que delira. De Alonso Quijano, Cervantes, por boca del narrador, nos dice: “Se creía don Quijote”. No que hacía de don Quijote, porque Alonso Quijano ni era actor ni impostor, ni jugaba, como podría jugar un niño de su tiempo, a caballero andante. Alonso Quijano dejó de ser tal para ser don Quijote”.

Otros juegos y lenguajes distintos son los de los niños, los de los lectores: “Imitamos la realidad para aprender de ella. Ya no necesitamos apenas del escarmiento, sino de la imaginación. Los personajes de novela o cine, las figuras del pasado o del presente, ejemplares en el sentido que sea, nos regalan un material que incorporamos a nuestro mundo interior. Se fantasea imitando a Cajal o a Einstein, a Marie Curie o a Hernán Cortés, a Shakespeare o a Cervantes; pero también al Julián Sorel de *Rojo y negro*, a Robinsón Crusoe o al Rakolnikov de *Crimen y castigo*... Con esta realidad mental, un proyecto sobre nosotros mismos, vamos a la realidad exterior”.

Claro que, como advirtió Teresa de Jesús en sus *Moradas*, “son tan oscuras de entender estas cosas interiores, que quien tan poco sabe como yo forzado habrá de decir muchas cosas superfluas y aun desatinadas para decir alguna que acierte”.

su férrea voluntad de cambiar el orden establecido, su atención a las psicosis relacionadas con (o encubridoras de) lesiones orgánicas, su permanente aplicación a la investigación neuropatológica para bucear en los fundamentos neurológicos de los desórdenes mentales...

Años cruciales

Pinillos consideró cruciales en su biografía los años 1949, cuando el joven neuropsiquiatra ganó la oposición y fue nombrado jefe de Psiquiatría e Higiene Mental de Córdoba, y 1966, cuando publicó *Un estudio sobre la depresión*, libro que agotaría nueve ediciones y que “abrió un nuevo frente social en la psiquiatría y la conciencia pública española”.

Treinta y tres obras más seguirían a aquella, con títulos como *La incommuniación* (1970, trece ediciones), *El delirio, un error necesario* (Premio Jovellanos de Ensayo, 1997) o *Teoría de los sentimientos* (2000), pero Pinillos recordó que el entusiasmo de sus seguidores no se limitaba, ni mucho menos, a sus teorías escritas; entonces narró una conferencia a principios de los setenta en el aula magna de Filosofía en Madrid: lleno hasta los topes, griterío indescriptible, ovaciones, aplausos, gritos, y hasta una monja entusiasmada que se rompía las manos aplaudiendo. Eran los tiempos del furor por el *psiquiatra rojo*: “Sus obras y sus intervenciones públicas no eran simples ensayos escritos al hilo de la actualidad ni sofismas ideológicas”, concluyó Pinillos. “Su increíble creatividad, sus conocimientos y su capacidad de llegar al público en directo contribuyeron de un modo decisivo a oxigenar y poner al día aspectos fundamentales de la vida del país. Cientos de miles de personas hallaron en sus libros la *open university*. El éxito le llegó tarde, pero a raudales”.